

MANUEL ARANGO

Socio fundador del Grupo CIFRA

Fundador de la Fundación Mexicana para la Educación Ambiental

Fundador del Centro Mexicano para la Filantropía

En el mundo de la empresa, decir Manuel Arango es sinónimo de éxito. Hace 50 años fundó en México, junto a sus dos hermanos Plácido y Jerónimo, la cadena de supermercados Aurrerá y luego el Grupo CIFRA (ahora asociado a Wal Mart), que emplea a más de 61.000 personas.

Pero decir Manuel Arango es también sinónimo de éxito en la defensa del medio ambiente, de la cultura y la educación. Cuando hace 30 años el veterano empresario decidió crear el Centro Mexicano para la Filantropía (Cemefi). Poco a poco su faceta filántropa fue ganándole terreno en su agenda y su corazón. Ahora dedica, a sus 76 años, la mayor parte de su tiempo a su verdadera pasión: ayudar a la sociedad y la naturaleza.

Hemos quedado con Manuel Arango a desayunar en un céntrico hotel madrileño aprovechando una visita a España. Sólo él pide algo de bollería para acompañar el café. Pero al percatarse de que es al único que le ponen cubiertos junto al cesto de cruasanes se apresura a aclarar con una sonrisa:

–Esto es de todos.

Insistirá más veces a lo largo del encuentro. Compartir es un verbo muy importante en la vida de este empresario. Queda claro nada más conocerle. A los pocos minutos también se hace evidente que estamos ante alguien profundamente cercano y jovial. Con esa energía es con la que cada día intenta hacer del mundo un sitio mejor.

Basta recordarle a Arango la isla Espíritu Santo para que se le iluminen los ojos como a un niño. Salvar este mágico archipiélago de la Baja California ha sido alguno de sus últimos grandes logros. Para evitar que se edificara en la isla y se echara a perder este valiosísimo tesoro de la Naturaleza, movimientos ciudadanos trataron de presionar al Gobierno mexicano exigiéndole que protegiera el lugar como paraíso natural. Pero aquellos esfuerzos no surtieron efecto. Para ponerla a salvo, Arango decidió comprar la isla. Tampoco le resultó sencillo.

–Habría sido más fácil comprar una mina de diamantes, se lo aseguro –cuenta Arango con amarga franqueza.

–¿Por qué se encontró tantos problemas?

–Porque la gente nunca cree que alguien quiera hacer algo de manera totalmente altruista, siempre desconfían. Pensaban que la protección medioambiental era una excusa y que en realidad escondía un interés lucrativo que se les había pasado por alto. Creían que era un truco, que quería hacer casinos... Dijeron de todo para frenar la operación.

Pero Arango no se dio por vencido. La perseverancia es otro de sus rasgos más característicos. Logró reunir el dinero necesario para comprar la isla y luego la donó al Estado mexicano con la condición de que convertiría aquellas 10.000 hectáreas de la isla en zona protegida. Su intervención logró preservar intacto el paraíso y proteger a las miles de especies que lo habitan.

Pero éste es sólo un pequeño sueño hecho realidad. El más importante de todos es aún una quimera. Para este defensor

del medio ambiente, la cultura y la educación el mayor sueño aún está por hacerse realidad y por él trabaja cada día. Desveló cuál es en esta inspiradora charla, entre sorbo y sorbo de café.

Desde los años 80 usted se ha convertido en un referente en el mundo de la Filantropía. ¿Cómo surge la idea de dedicar parte de su tiempo y su patrimonio a ayudar a la sociedad?

No es que un día uno se despierte inspirado y cambie su vida de repente. Es más bien un andar, es parte del camino. Poco a poco empiezas a darte cuenta de la suerte que tienes y eso te lleva a reflexionar y desear compartirla de alguna forma. Entonces empiezas a pensar en cómo ayudar a hacer un mundo mejor. Miras alrededor y te das cuenta de que es tan vasto lo que hay que hacer que no sabes por dónde empezar... Ayudar económicamente de forma directa es la parte más fácil, aunque también muy grata porque la implicación puede ser de persona a persona y el resultado inmediato. Aunque eso sólo sirve para resolver problemas a corto plazo. Poco a poco te das cuenta de que si quieres cambiar de verdad las cosas tienes que implicarte más. Y decidí hacerlo.

Admiro profundamente a la gente que ayuda de primera mano a quienes más lo necesitan, lidiando con cosas muy duras. Niños con cáncer, abandonados, toda clase de dramas... La gente que ayuda a estas personas está en el campo de batalla, algo durísimo y muy loable. Y luego está la otra lucha contra la injusticia, que es desde la retaguardia, buscando cómo cambiar las reglas de juego para que las cosas cambien de verdad. Pensé que así obtendría mayores resultados y es a esto a lo que me he dedicado. Ambas formas de ayudar constituyen los dos pilares de la filantropía: hace falta gente en el campo de batalla pero también quien se preocupe por analizar la magnitud de los problemas para atacarlos de raíz. A esa parte estratégica es a la que me he dedicado siempre.

En 1985 fundó la Fundación Mexicana para la Educación Ambiental y fue pionero en trabajar por la preservación del medio ambiente en México.

Bueno... Pionero en el ámbito empresarial. Pero los verdaderos pioneros fueron los biólogos y científicos que ya se dedicaban a ello por entero. Efectivamente lo que primero atrajo mi atención hace ya más de 40 años fue la conservación del Medio Ambiente. Empecé a ver la terrible contaminación que se estaba produciendo en México en aquellos años con la erosión de bosques, la contaminación de las aguas, del aire... Desastres de todo tipo. Ni al Gobierno ni a las empresas parecía entonces importarles lo más mínimo.

Ahí fue cuando empecé a involucrarme. Me di cuenta de que si quieres cambiar las cosas hace falta que haya gente que plante árboles, pero también alguien que se preocupe por ver cómo está la ley forestal y busque medidas de prevención a los desastres. Esas dos esferas tienen que trabajar conjuntamente. Con esa idea creamos también el Centro Mexicano para la Filantropía. La labor central de esta asociación es promover la participación filantrópica y el compromiso social tanto de los ciudadanos, como de las organizaciones sociales y las empresas para alcanzar una sociedad más equitativa, solidaria y próspera. Trabajamos en el fomento de la idea de que todos podemos hacer algo. Y cuanto más nos organicemos, más impacto tendremos. Ésa ha sido la tarea del Centro todos estos años: despertar la idea de que todos tenemos que dedicar una parte de nuestro tiempo y talento a cambiar las cosas.

Tiempo, talento... y dinero ¿no?

Trabajamos para incrementar las donaciones de tiempo y dinero, particularmente las relacionadas con la inversión social de largo plazo. Pero no creo que el dinero sea lo más importante. Lo verdaderamente importante es el tiempo, porque es lo único

que no se repone: cuando lo das, lo diste. El dinero va y viene. Pero el tiempo lo das y te quedaste sin él. Por eso mucha gente prefiere dar cheques. El Centro para la Filantropía intenta, ante todo, fomentar esa cultura de dar porque eso enriquece enormemente la sociedad. Dar no es sólo dar dinero, sino dar de ti.

Cuando alguien me pregunta «¿Pero qué quieres que yo haga?» le digo que todo menos eso. Todo menos sentirte inútil. Intenta algo, lo que sea. Porque siempre hay algo que todos podemos hacer. Una vez me dijeron: «Si te crees que eres demasiado pequeño para hacer la diferencia es que nunca has pasado la noche con un mosquito». Es una forma muy simpática de resumir una idea muy importante: todos podemos cambiar algo. Mientras la gente piense que no puede hacer nada para cambiar las cosas la sociedad no resolverá sus problemas. Todos podemos dedicar una parte de nuestro tiempo y nuestro talento a ayudar al resto.

En una sociedad justa tiene que haber un balance entre lo que tiene que hacer el Estado, lo que tiene que hacer el mercado y lo que tienen que hacer los ciudadanos. Si la ciudadanía es pasiva las otras dos fuerzas se ponen de acuerdo solas y la dejarán aparte. Por eso es tan importante que la ciudadanía se organice y se comprometa. Para nivelar las fuerzas. Hace falta un equilibrio en la implicación de empresas, gobiernos y sociedad civil.

¿Hace algún tipo de voluntariado?

Mi sobrino Paco [Arango] sí que es de los que está en el campo de batalla. A través de la Fundación Aladina que él mismo fundó ayuda a niños con cáncer en los hospitales. Hace una labor fantástica que admiro profundamente. Él se mete siempre que puede en el hospital para estar con los niños, juega con ellos, ayuda a las familias en el día a día. También él entiende que dar tiempo es mucho más que dar dinero; y se vuelca enteramente en su labor con estos niños.

Pero mi labor es otra. El motor que más me motiva es convencer a las empresas y a los ciudadanos de que se pongan manos a la obra y les ofrecemos el apoyo que necesitan para ello. Yo me vuelco en involucrar a mucha gente para que vaya a ayudar a los demás. Y la verdad, no niego que a veces me remuerde en cierto modo la conciencia porque me doy cuenta de que ellos se implican en primera línea y yo me quedo detrás, como si estuviera en la retaguardia con los planos de la contienda y mirando por los binoculares. Pues ¿sabe? El caso es que luego vienen y me lo agradecen.

Es difícil medir cuánto bien ha hecho el Centro para la Filantropía. Pero ha sido un catalizador enorme para implicar a la ciudadanía, organizaciones y empresas y para mejorar el marco legal, en favor de una sociedad más democrática y más justa. Hemos ayudado a cientos de organizaciones y miles de personas para hacer el bien, dándoles medios, formación y ayuda en la estrategia y el voluntariado.

La retaguardia puede parecer más fría, pero es mi sitio y siento de veras que ayudo más así. Hay cantidad de gente que viene a agradecerme por haberles inspirado a dedicarse a ayudar, porque eso les ha hecho felices. Yo no concibo vivir sin dar, sin entregarme a alguna causa. Y haciéndolo tengo la suerte de conocer gente fantástica. Hay empresarios y estudiantes, hay gente de derechas y de izquierdas, los hay románticos y locos soñadores... Personas de todo tipo con algo en común: quieren ayudar a los demás. Quieren cambiar las cosas.

El Centro Americano para la Filantropía también ha sido promotor de la Responsabilidad Social Corporativa (RSC) en México. ¿Qué ha cambiado en el mundo de la empresa?

Antes no existía la RSC en México. Hace 30 años, la filántropa norteamericana Peggy Rockefeller nos invitó a un grupo de empresarios latinoamericanos a una conferencia en Miami para

hablar de *Business y Social Responsibility*. Es decir, de qué manera las empresas podían (y debían) implicarse en mejorar su entorno social y medioambiental. Aquello nos pareció una idea muy buena. Y como en nuestros países aún no se hacía nada parecido, Peggy nos pidió que lo promoviéramos al volver a casa. Desde el Centro para la Filantropía se ha promovido la RSC en toda Latinoamérica. Fuimos los primeros en crear el distintivo de Empresa Socialmente Responsable en México. Hubo mucha controversia al principio porque en el consejo se planteaba que cómo íbamos nosotros a determinar qué empresas eran responsables y cuáles no. Finalmente echamos a rodar el proyecto y empezamos con 20 empresas. Ahora han pasado unos 14 años y ya tenemos más de mil corporaciones acreditadas, y cada año hay cientos más que se presentan para lograr su sello de Empresa Socialmente Responsable, que con los años se ha convertido para ellas en todo un honor.

¿Ha podido conocer alguna vez de manera directa a la gente a la que ayuda?

¡Muchísimas! Son tantos... Tenemos una fundación que se llama Compartir Fundación Social, que entrega cada año unos galardones en cinco categorías. Son como los Premios Príncipe de Asturias. Por un lado, un jurado independiente premia a las instituciones que se distinguen en Salud, en Educación y en el Desarrollo Comunitario. Y luego entregamos otros dos premios a título personal, para un voluntario y un líder social que hayan destacado ese año. Todos ellos son gente verdaderamente extraordinaria.

Es conmovedor pensar que empezamos a entregar estos premios hace 22 años en una pequeña sala y ahora la ceremonia se celebra en un teatro con más de 800 butacas que todos los años se llenan para escuchar los testimonios de los siete premiados.

Es indescriptible el trabajo que hace la gente que ha pasado por ahí. Gracias a estos premios descubrimos a la sociedad las labores increíbles que hace esta gente en silencio, trabajando en lugares remotos, con etnias perdidas en la sierra, ayudando a los más pobres y enfermos... Recuerdo con mucho cariño y admiración el caso de una señora octogenaria que llevaba 35 años de su vida dedicada a los leprosos.

Afortunadamente hay miles de personas así. Y tenemos la suerte de poder premiarlos cada año y que la ceremonia se llene de gente que quiere escucharlos. Y no hay nada que mueva más a la gente que el ejemplo. La palabra mueve, pero el ejemplo es más poderoso.

Es saber que esa gente que yo he conocido está ahí trabajando para cambiar el mundo lo que me hace a mí levantarme cada día. Si yo estuviera predicando que hay que implicarse pero no viera los resultados de tanto esfuerzo, ya me habría dado por vencido. Pero estamos haciendo del mundo un lugar mejor. Y eso hace que todo lo demás merezca la pena.

Estoy convencido de que lo único que puede cambiar las cosas es la gente. Las empresas son muy importantes, crean modelos, crean riqueza, tienen talento y tienen capital. Y los políticos nos tienen aburridos con sus peleas de izquierdas y de derechas... Pero no son ni unas ni otros los que cambiarán el mundo, sino el ciudadano, cuando esté organizado no sólo para exigir sino para dar.

Usted conoce bien Estados Unidos y a menudo lo pone de ejemplo en cuestiones filantrópicas. ¿Qué podemos aprender de este país tanto en Latinoamérica como en España?

EE.UU. es un gran ejemplo. Tienen la cultura de dar arraigada desde hace muchísimo tiempo. Los americanos dan en voluntariado el equivalente a la fuerza laboral de nueve millones de personas trabajando anualmente a tiempo completo. ¡Nueve

millones! Y el voluntariado es una parte muy importante en el desarrollo de un país.

En nuestros países es muy común que le preguntes a un joven «¿Tú qué haces?» «¿Cómo que qué hago yo? Yo estudio...», te dirán. «No, no, pero ¿tú qué haces por los demás, por tu entorno?» Muchos responden que ahora no pueden, pero que ya lo harán cuando tengan dinero o cuando sean viejos, que ahora están empezando y que no tienen un minuto que perder. Pero en la sociedad americana esto no es así. En el colegio, en la universidad, se entiende que es parte del desarrollo de un joven estar colaborando con alguna causa.

La gente joven suele pensar que esto es una tarea para más adelante. Dicen... «Hombre, cuando yo tenga su edad» o «Si yo tuviera su dinero...». Lo ven como si ayudar a los demás fuera un lujo que yo me pueda permitir pero ellos no. Pero por ahí no va la cosa. Y me gusta transmitirles que la cultura de dar es algo que podemos hacer todos y que se tiene que hacer cada día. Como comer. Como salir a correr...

Ahora en México me encuentro con mucha gente que me dice que su hijo tiene un currículum brillante pero que quiere ir a estudiar a Estados Unidos y en todas las universidades le preguntan que cuál es el trabajo social que ha hecho. Igual que preguntan las notas o los deportes que practican los candidatos, piden también ejemplos de trabajo solidario. Y no es sólo cosa de los jóvenes. Un empresario importante en Estados Unidos que no esté en dos o tres consejos de organizaciones sin fines de lucro no está bien visto. Es muy normal que dedique parte de su tiempo.

Ni en España ni en los países latinoamericanos esto es así todavía. Aquí lo que tenemos muy arraigado es el deseo de ayudar. Hay un terremoto o una inundación y salimos todos a ayudar. Pero nadie sabe qué hacer porque no estamos organizados. A toda esa bondad que existe en la cultura iberoameri-

cana hay que darle cabida para que sea permanente, para que esa solidaridad no surja sólo cuando haya una catástrofe natural o una tragedia cercana. Tiene que ser un acto cotidiano. Como la gente que acostumbra a correr todos los días una hora religiosamente y cuando no sale se le hace raro. Hay que hacer algo para mejorar el mundo en el que vives.

El Centro para la Filantropía promueve que las empresas den un estándar del 1% de sus ingresos. ¿Está cundiendo el ejemplo?

Es un estándar muy bajo, pero hay que marcarse objetivos. En Estados Unidos, las empresas destinan el 5% de sus ingresos a sus fundaciones o a un programa externo de educación, medio ambiente, etcétera. En México, las empresas cada vez están más comprometidas porque están viendo que al hacerlo tienen ventajas fiscales y además están mejor vistas por sus proveedores y clientes.

Pero no es sólo recursos económicos lo que marca la implicación de una empresa. Lo más interesante es que los empleados también participen en voluntariado. Eso sí que son acciones éticas, no cosméticas. Cuando se crea esa cultura de participación es cuando empiezan a cambiar las cosas. Al final, hay que tener una visión global. No nos podemos sentar en el café a decir que nadie hace nada. Tenemos que empezar por ver qué podemos hacer nosotros por crear un entorno más sano y más equitativo. Tenemos un pequeño planetita y no nos damos cuenta de que estamos acabando con él a una velocidad increíble.

¿Y cómo se puede convencer a la gente de que se implique más?

No es fácil. La gente es consciente de que hay pobreza, de que el medio ambiente se deteriora... Pero hay que tener cuidado,

porque una de dos: o te involucras o no quieres que te cuenten lo que está pasando. Así que no es fácil movilizar a quien hace oídos sordos. A veces me piden que dé charlas sobre filantropía y me llaman porque tengo este perfil de empresario. Hay mucha gente que sabe más que yo de esto y que ha hecho cosas maravillosas, pero me piden que vaya yo a hablar a otros empresarios, porque no es habitual que un empresario dedique tanto tiempo a esto. Pero cada vez me motiva menos ir a hablar, prefiero hacer. Aunque cuando hablas con una fuerte pasión de lo que haces, es verdad que eso llega muy dentro.

¿Cuánto tiempo de su vida diaria invierte a sus empresas y cuánto a sus actividades filantrópicas?

Obviamente ha ido cambiando con los años. Hoy en día por lo menos el 80% de mi tiempo lo dedico a ello. Antes era un 50%, pero cada vez he podido irme volcando más en mi verdadera pasión, que es esto... Aunque a mí la palabra «filántropo» a veces se me hace extraña. Hay mucha gente que cuando piensa en un filántropo ve a aquel que Steinbeck definía como alguien de calvicie avanzada, cintura abundante y que se ha entrenado a sonreír mientras su conciencia le saca el dinero del bolsillo... Así definía él la filantropía. Y algo de razón tendría. Pero yo no lo veo así.

Mucha gente entiende que el filántropo es aquel que regala dinero. Pero para mí la filantropía es mucho más que dar dinero. Es darte tú mismo. Con dinero no se cambia el mundo. Hace falta dedicar también tiempo y talento. Obviamente hace falta dinero. Por eso es muy importante implicar a las empresas y a la gente que ha hecho fortuna, que es de donde sale la mayoría de los fondos que se dedican en el mundo a la filantropía. La filantropía necesita el apoyo de las empresas.

¿Deben los empresarios del siglo XXI trabajar más su papel de ciudadanos?

Absolutamente. La responsabilidad de las empresas va más allá de la de dar valor a los accionistas. La ética, el medio ambiente, los derechos humanos... Todo eso es parte de su responsabilidad social. Cumplir la ley no basta. Eso es, sencillamente, una obligación. Preocuparse por su entorno es parte de su labor, lo contemple o no la ley. Lo contrario, sea o no legal, sería una irresponsabilidad y a los clientes de estas empresas no les gustará descubrir que le compran sus productos o servicios a una empresa irresponsable. En igualdad de condiciones, tanto clientes como trabajadores elegirán una empresa responsable.

Yo no digo que las empresas tiren el dinero de sus accionistas, pero sí pueden invertir una parte en el bien común y seguro que a la larga les sale rentable, porque el éxito de una empresa depende del desarrollo del entorno en el que opera. Si está rodeada de pobreza o de corrupción, inevitablemente eso limitará su negocio. Así que poner su granito de arena para mejorar las cosas será bueno para el entorno pero también para el negocio.

El papel de las empresas es crucial para cambiar el mundo. Pero no sólo por el capital que manejan, sino sobre todo por la gente que trabaja para ellas. El 60% de la fuerza laboral del mundo trabaja para una empresa. Así que si las empresas creen en esto y promueven programas para que tanto sus trabajadores como sus clientes se sientan orgullosos de ellas hay mucho que pueden hacer por crear un mundo mejor. El impacto que las empresas pueden tener en las universidades, por ejemplo, es altísimo. Ellas también compiten. Las razones por las que hagan programas sociales me da igual, lo que importa es que lo hagan. Yo lo que quiero es que la gente haga cosas. Si lo hacen para lavar su conciencia o para quedar bien en las reuniones con amigos no cambia nada. Me gustaría que

lo hicieran porque quieren de corazón cambiar las cosas. Pero el caso es que todos hagamos algo. Llamémosle filantropía, llamémosle responsabilidad social o voluntariado... A mí el nombre no me da más. La verdadera distinción está entre los que hacen y los que no hacen.

¿Por dónde les recomendaría empezar a quienes quieran ponerse manos a la obra?

Hay mucha gente que me pregunta «¿Y qué puedo hacer yo?» Pues eso depende de cada quién. Yo puedo decirte que te vayas al hospital a ayudar a los niños quemados, pero a lo mejor te desmayas el primer día. ¿Para qué te voy a mandar ahí? Cada uno debe encontrar dónde está su vocación. Qué puedes tú hacer por los demás. Hay gente que no nació para ver tragedias. Pero eso no quiere decir que no pueda ayudar. Puede enseñar a leer en bibliotecas, por ejemplo. Hay millones de tareas. Lo importante es tomar la decisión de querer ayudar. Filantropía es el amor al ser humano, buscar cómo puedes ayudar. Cualquier cosa. Y si lo hacemos organizadamente mejor. Una cosa es enseñar a una persona a leer. Pero a lo mejor puedo unir fuerzas y crear un sistema electrónico o una red de escuelas y enseñar a cien personas a la semana.

Y si tuviera que elegir un sueño de todos por los que lleva tantos años trabajando que pudiera hacerse realidad... ¿Cuál elegiría?

¿Mi sueño? Que todo el mundo del planeta dedicara algo de su tiempo a los demás. Ojo, tanto los que tienen como los que no tienen. Todos. Que las personas y las instituciones dedicaran una parte de su vida o sus recursos a los demás, a algo que no tenga que ver con su bienestar personal sino con el de los demás. Cuando haces eso, tu forma de ver la vida cambia totalmente.

Como dicen los americanos, no hay mejor manera de entender las cosas que meter las manos. La gente que va a lo suyo no es que sean malas personas, es que piensan que no les corresponde, que no saben o que no pueden. Pero esas mismas personas reaccionarían rápidamente si vieran una emergencia y saldrían corriendo a ayudar. La diferencia está no en hacerlo cuando se te pida, sino que lo conviertas en parte de ti. Los beneficios son enormes y tu vida se vuelve placentera. Cuando te involucras recibes una fuerza y una energía fuera de lo común. Hay quien piensa que por ver problemas ajenos te deprimes. Es al revés, te deprimes si no haces nada. Hace falta un espíritu emprendedor ciudadano que busque maneras de cambiar las cosas... Una vez que empiezas a involucrarte no puedes parar. Mi sueño sería que todos tuviéramos esa actitud. Eso sí que cambiaría el mundo.